

La conquista de la verdadera libertad

por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. ALFONSO LÓPEZ QUINTAS (*)

1. LIBERTAD HUMANA Y REALIZACIÓN DEL IDEAL

A más de uno se nos saltaron las lágrimas de emoción al ver a los berlineses encaramarse al muro como niños traviesos y mirar a una y otra parte de su ciudad con la alegría de la libertad recién conquistada. Tras 28 años de amarga separación, habían recobrado la libertad de comunicarse, padres con hijos, amigos con amigos, alemanes con alemanes. Qué significa la conquista de la libertad está en este caso patente. No se podía cruzar la línea fatídica de demarcación, y ahora está permitido. *Libertad significa aquí, en principio, ausencia de prohibición, liberación de un obstáculo.* Pero, *toda conquista de libertad se limita a esto?* Mucho nos va en saberlo, porque ser libres, como veremos, equivale a ser hombres cabales, plenamente desarrollados.

Ser hombre es algo complejo porque es muy rico. Feliz el joven que desde muy pronto gana una idea clara de lo que es la libertad, cuántos modos existen de libertad, cuáles son verdaderos y cuáles espurios, qué tipos de libertad llevan a la edificación de la propia personalidad y qué otros conducen a la destrucción de la misma.

No basta hablar en abstracto de *libertad* o *libertades*. Eso lo hace el manipulador por principio, ya que la primera ley de la demagogia manipuladora es no matizar los conceptos, para utilizarlos en cada momento como convenga a los propios fines. Pero el que ama la verdad no quiere dominar a los demás me-

(*) Sesión del martes 8 de mayo de 1990.

diante el abuso estratégico del lenguaje. Por eso tiene interés en clarificar los conceptos. ¿Cuántos modos hay de libertad? ¿Qué papel juega cada uno en nuestra vida? ¿Cuál es el modo supremo? Estamos tocando el punto más delicado de nuestra existencia, pues en él se decide nuestro destino. Analicemos este tema con ayuda de casos concretos, a fin de obtener una serie de conclusiones muy precisas que nos sirvan de clave de interpretación de la vida y pauta de conducta.

La libertad vacía

El protagonista de la obra de J. P. Sartre *Le sursis* —La prórroga— va a la estación de la que han de partir los movilizados para defender a la patria de la invasión nacionalsocialista. Debe tomar ese tren, pero al final no lo hace. Deja que el tren se aleje, abarrotado de jóvenes, y se vuelve a París. Callejea sin rumbo, contempla largamente el Sena, da vueltas a mil pensamientos, se siente invadido de libertad. Todo él es libertad. Pero al final se pregunta, «y ¿qué voy a hacer con toda esta libertad?». Sin duda intuyó que su libertad era vacía, no conducía a ninguna meta, no era impulsada por ningún ideal. Un desertor es una persona que rompe amarras con su patria. Cuando un país es invadido por un enemigo, se moviliza entero en orden a la defensa. Todo cambia en él de sentido. Las metas de cada vida quedan supeditadas a la gran meta de salvar la patria. Al hacerlo, cobra sentido la vida de cada ciudadano. El protagonista de la obra de Sartre no se orienta hacia esa meta, y todo lo que haga estará fuera de lugar. Carecerá de sentido. Será un extraño en su país. Se ha desvinculado. Es libre, pero esa libertad no le lleva a ninguna parte que dé sentido a su vida. Esa libertad vacía no es fruto de una conquista sino puro resultado de una huida traidora. Por eso —dice el autor— se desliza por un «astro muerto». París, todo Francia, el mundo entero es para él un desierto. La libertad vacía deja la vida humana desolada¹.

La generosidad y la libertad

En la bella obra de Saint-Exupéry *Tierra de hombres* dos pilotos se ven en la situación límite de no poder hacer nada para librarse de la muerte inminente. Han caído en el desierto y están a punto de morir de sed. Toda su vida pende de que esa figura diminuta que avanza por el horizonte vuelva su cabeza hacia ellos. Lo hace y se acerca. Es un beduino. Les ofrece agua. Ellos beben a borbo-

1. Cf. *Les chemins de la liberté. Le sursis*, Gallimard Paris 1945 pp. 418 ss. Versión española: *Los caminos de la libertad. 2 La prórroga*, Alianza Editorial Madrid 1983, pp. 362-365. Es muy instructivo analizarlo a la luz del método expuesto en mi *Estética de la creatividad*. Promociones Publicaciones Universitarias, Barcelona 1987².

tones, y, una vez saciados, uno de los pilotos se dirige al hombre del camello, el ser más humilde del desierto, y le dice emocionado: «En cuanto a ti que nos salvas, beduino de Libia, tú te borrarás para siempre de mi memoria. No me acordaré más de tu rostro. Tú eres el Hombre y te me apareces con el rostro de todos los hombres a la vez. No nos has visto nunca y ya nos has reconocido. Eres el hermano bienamado. Y a mi vez yo te reconoceré en todos los hombres». «Tú me apareces bañado de nobleza y de bondad, gran Señor que tienes el poder de dar de beber. Todos mis amigos, todos mis enemigos en ti marchan hacia mí, y yo no tengo ya un solo enemigo en el mundo»¹.

Dos representantes de la sociedad refinada, altamente civilizada, se habían alejado de los suyos, habían roto la unidad con los demás hombres. Se encuentran a punto de perecer, y un hombre sencillo y desconocido renuncia a lo mejor que tiene —la reserva de agua indispensable para atravesar el desierto— a fin de salvarles la vida. Esta generosidad aparece ante sus ojos como un *prodigio de libertad*, y les revela la grandeza del hombre, del Hombre, con mayúscula. Por eso los rescata para la vida de convivencia. «Eres el hermano bienamado. Y, a mi vez, yo te reconoceré en todos los hombres». Esta forma de generosidad y libertad ¿es congénita al hombre o debe éste conquistarla? En el caso último, ¿de qué conquista se trata?

Modos de libertad

Los ejemplos aducidos nos revelan que la noción de libertad es compleja. Parece fácil y clara, pero cuando queremos aquilatarla se difracta en multitud de significados. Por oposición a esclavitud y encarcelamiento, la palabra libertad denota una situación de franquía. Se revela afin a la «ausencia de trabas». Ser libre significa no estar sometido, poder moverse conforme a la propia voluntad. Pero ahora empiezan las dificultades al haber de determinar a qué está sometido el hombre y de qué debe, por tanto, liberarse.

En principio, la primera liberación que ansía el hombre es la que se refiere a la posibilidad de realizar movimientos físicos. El paralítico se ve trabado, incapaz de dar rienda suelta a su afán de caminar por propia cuenta, desplegar energías, desplazarse, alcanzar los lugares que se propone, tomar iniciativas... El que tiene libertad de movimientos, por gozar de salud, pero carece de libertad para moverse en la sociedad siente la cárcel como un encierro que reprime una tendencia natural. Su deseo de liberación es comparable al del minusválido. Aunque la cárcel abarque el espacio de una ciudad, o de una nación entera, la falta de libertad de movimiento provoca una sensación desazonante de asfixia.

Esta experiencia de reclusión es vivida en el aspecto espiritual por quienes se ven sometidos a presiones y chantajes debido a motivos ideológicos, políti-

1. Cf. *Terre des hommes*, Gallimard, Paris 1939, págs. 216-217.

cos, morales o religiosos. Quieren comportarse según la propia conciencia pero se enfrentan con un cerco de hostilidad que convierte cada decisión en un tormento y un riesgo. Los que han vivido momentos o épocas de terror en su vida no podrán olvidar nunca el deseo vehemente que sentían de verse liberados de esa tensión insufrible.

Otra forma de esclavitud espiritual es impuesta al hombre por la manipulación a través de la imagen y el lenguaje. Sin que lo adviertan, millones de seres humanos son reducidos hoy a servidumbre por los afanosos de poder, que troquelan su pensamiento, su voluntad y su sentimiento a fin de tenerlos a su merced. En los sistemas democráticos es más fácil perder la libertad interior que en las dictaduras, porque en éstas la opresión es patente y se pone uno alerta. En las democracias se nos quita *la libertad* dolosamente bajo el señuelo de *las libertades* que se nos conceden. Esa pérdida no suele advertirse durante cierto tiempo, y algunas personas no la descubren nunca. Todos, sin embargo, sufrimos las consecuencias en cada momento.

Un tipo de servidumbre especialmente penoso viene dado por la falta de medios para subvenir a las necesidades básicas de la vida. Una persona que no encuentra forma de procurarse para sí y los suyos lo imprescindible en vestido y alimento debe de sentirse muy privado de libertad. Pasar de la extrema penuria a la holgura económica supone, por ello, una liberación emotiva.

Libertad y liberación de trabas

Liberarse de estas trabas y otras semejantes es para el hombre tan importante, tan básico en orden a sentirse persona que el concepto de liberación de trabas queda vinculado muy estrechamente al de libertad humana. Tan estrechamente que, si no estamos sobreaviso, corremos riesgo de pensar que todo tipo de libertad debe ser una forma de liberación de algo que se vive como coactivo, como obligatorio.

El que piensa que realizar lo que le viene *impuesto* como un deber es una forma de *sometimiento*, concluirá que ser libre es emanciparse de toda obligación. El lenguaje común favorece esta interpretación errónea. Se llama tiempo *libre* a aquél durante el cual *no está uno obligado* a realizar ciertas tareas, antes se halla abierto a diversas iniciativas voluntarias. Se opone libertad a obligación. Es cierto que todo lo que encauza y regula nuestra actividad tiene cierto carácter restrictivo, limitativo, y dominante. Una norma ética, una forma musical, una ley jurídica, una regulación de tráfico... se imponen de alguna manera a la voluntad de los individuos y los condicionan, limitan su libertad. Si acepto un cauce, una norma, una ley, una forma, un dogma, reconozco que mi libertad no es *absoluta*.

Este reconocimiento resulta inaceptable para el hombre actual por la razón decisiva de que la palabra *libertad* es hoy día una palabra «talismán», un vocablo tan prestigiado que parece reunir en sí todas las excelencias de la vida. Re-

cortar, condicionar, restringir el radio de acción de un término «talismán» es interpretado como un empobrecimiento injustificado de las bases mismas de la vida humana. Esta interpretación es considerada por multitud de personas como obvia, pero habremos de ver que está lejos de serlo, y mucho nos importa darnos cuenta de ello pronto. ¿Se opondrá todo tipo de limitación y encauzamiento a todo tipo de libertad? Véamoslo a propósito de un tema de candente actualidad: la libertad de expresión.

La libertad de expresión no es absoluta

Hoy día suele darse por supuesto —por la tendencia a imponer lo que interesa, sin pararse a demostrarlo— que la libertad para expresarse debe ser absoluta en un estado democrático de derecho. El temor que inspiran las palabras «talismán» impide a las gentes reparar en algo tan decisivo como lo siguiente: Para ser libre al hablar o escribir he de estar exento de toda coacción externa, pero, una vez que he recibido autorización limitada para expresarme *soy yo* el que debo limitar mi expresión a los cauces debidos. Al hacerlo, no me privo de libertad, la hago posible. He sido invitado a dar una conferencia. Nadie ha restringido mi libertad. Puedo hablar de lo que quiera y como quiera. Mi conciencia, sin embargo, me advierte claramente que mi expresión debe seguir una línea muy precisa, línea que viene determinada por el tema propuesto, por el interés del público, por el nivel filosófico que corresponde a mi profesión, por las exigencias de calidad y altura que plantea el encuentro de que se trate, por el alcance de mis conocimientos, etc. Al encauzar de esta forma mi conferencia, me siento de verdad libre para hablar; me expreso con convicción y firmeza, con claridad y soltura. Me he sabido limitar, y este sacrificio se traduce en *libertad interior*. Me he sometido a la disciplina de preparar la conferencia, he acotado el tema a los límites debidos, he procurado estructurarlo y articularlo, y eso me permite hablar con decisión, con buen ritmo, con la trabazón debida: es decir: *con libertad*.

Empezamos a ver con nitidez que *ser libre* implica en principio estar libre de trabas, pero inmediatamente debemos determinar con toda precisión qué es una traba, a fin de no confundirla con aquello que hace posible expresarse de forma perfecta.

Lo más espontáneo es concebir la libertad como algo negativo: la ausencia de impedimentos y coacciones. Sin embargo una somera reflexión basta para advertir que la mera ausencia de estorbos no es suficiente al hombre para conseguir las metas que debe alcanzar en su vida. Liberarse de obstáculos es indispensable, pero no suficiente; es muy importante, pero no decisivo; es lo que se desea con mayor ardor, como todo lo que afecta a los fundamentos de la existencia, pero no representa el valor supremo. *No ha de confundirse nunca lo indispensable con lo más valioso.*

La libertad y la realización personal

Para el ser humano, la actividad sin duda más valiosa es la que desarrolla cabalmente su realidad personal y le lleva a cumplir su vocación y su misión. La libertad ha de entenderse por tanto, en plan positivo, como la capacidad de hacer cuanto es necesario para desarrollarse plenamente como persona. La libertad debemos concebirla como *un poder* —el poder de realizarse plenamente— no como un *mero estado*, el estar libre de trabas. ¿Por qué ha de interpretarse la libertad de esta forma positiva? Por la razón incontrovertible de que el hombre tiene que hacer su vida optando, eligiendo entre diversas posibilidades con un fin determinado: llevar su ser a pleno logro. El hombre no está en la vida con la finalidad de hacer lo que desee en cada momento y poder elegir a su arbitrio entre diversas posibilidades. Una elección puede ser arbitraria, no responder a ningún criterio sólido, obedecer sencillamente al capricho o al azar. Y esta forma de elección tiene, ciertamente, un valor. Indica capacidad de dar diversas respuestas a un mismo estímulo, lo que no puede hacer el animal. Un gato hambriento ve un pescado y responde de forma automática: lo toma y lo come, a no ser que un reflejo condicionado lo disuada de ello. No opta; reacciona de forma automática, prefijada por la especie, que es la que cuida de su sostenimiento. Un hombre hambriento, en cambio, puede reaccionar de formas distintas ante un alimento apetitoso: comerlo inmediatamente, reservarlo para más tarde, dárselo a otra persona, etc. Poder elegir es una altísima capacidad absolutamente necesaria para desarrollarse como persona, como ser dotado de creatividad. Por eso, de niños y jóvenes nuestro mayor deseo es contar con muchas posibilidades de todo orden, cuantas más mejor, porque sospechamos que tener posibilidades es presupuesto indispensable para vivir con libertad y dignidad de hombres.

Ser libre es elegir a la luz del ideal

Tenemos razón al ansiar posibilidades para desarrollarnos como personas, pero no nos desarrollaremos si no advertimos pronto que el mero elegir entre diversas posibilidades no basta para vivir una auténtica vida de hombre. La elección debe hacerse a la luz de una idea clara de lo que es el ser humano y de lo que constituye la propia vocación y misión en la vida. Esa idea es una *idea motriz*, impulsa nuestro dinamismo, le fija una meta, le confiere sentido. Se convierte en *ideal*.

La libertad de elegir ha de estar encauzada por la figura de hombre que deseamos adquirir en la vida. En el fondo de nuestro ser late desde niños la pregunta inquietante: «¿Qué va a ser de mí?», porque intuimos muy pronto que el desarrollo de nuestra existencia no es automático, puede realizarse de modos muy diversos y tener resultados totalmente diferentes.

Podemos realizarnos de formas diversas *libremente*. La libertad será auténti-

ca si nuestro desarrollo es cabal, si responde a nuestra verdadera vocación, a las exigencias más profundas de nuestro ser. Será inauténtica si nuestro uso de la misma nos desvía de la figura de ser que hubiéramos debido adquirir.

Para saber lo que es en verdad la libertad, hemos de atenernos muy de cerca a lo que implica el ser humano y su modo peculiar de desarrollo. Sabemos que el hombre no se logra como persona mediante la realización de actos insolidarios, por gratificantes que sean. Se realiza fundando encuentros. Pero el encuentro hay que crearlo. Yo tengo que abrirme a tí, recibir las posibilidades de vida que tú me ofreces, y tú las mías, e instaurar un campo de juego común. La creatividad que se da en el encuentro, y toda forma de creatividad posible, es *dual*, supone al menos dos realidades. Yo no puedo ser fecundo, en el plano biológico, a solas. Tampoco puedo ser creativo en el plano personal si no me abro a otras realidades y estoy dispuesto a asumir activamente las posibilidades que me ofrecen.

La vocación del hombre a la unidad

La libertad humana presenta la misma condición que la creatividad: es dual, abierta, colaboradora. Ser libre es responder acogedoramente a la llamada de todo cuanto contribuye a desarrollarme como persona, es decir, a los *valores*. Pero yo puedo configurar mi personalidad de modos distintos según sea la idea que tengo de lo que debo llegar a ser, es decir, según sea mi ideal en la vida. *La libertad auténtica será, por tanto, la capacidad de elegir la vía que me conduce a la realización en mi existencia de un ideal ajustado a mi vocación.* He aquí la pregunta decisiva: ¿Cuál es mi vocación de hombre? ¿A qué estoy llamado?

La vocación del ser humano consiste en fundar modos relevantes de convivencia. Una vida en unidad es una vida desbordante de sentido. Una vida en discordia es una vida desgarrada, rota, disuelta, di-soluta. La vida humana funda tramas de vínculos y gana unidad cuando el hombre cultiva las experiencias extáticas, fundadas en una actitud de generosidad. La unidad se torna imposible cuando el ser humano se entrega a las experiencias de fascinación o vértigo inspiradas en el egoísmo.

Podemos afirmar, en consecuencia, que la libertad que consiste en *elegir des de la soledad del propio egoísmo* es una *libertad vacía*, no sirve a la edificación de la vida humana. Hacer lo que uno quiere desde una posición insolidaria no denota libertad auténtica, porque el hombre está llamado a tejer una vida en comunidad. Hacer lo que a uno le venga en gana implica *libertad de maniobra*. Uno puede maniobrar a su antojo, actuar de una manera o de otra, hacer esto o lo otro. Tal forma de libertad entraña un valor porque supone la exención de trabas externas y la capacidad de elegir entre diversas posibilidades. Pero este valor debe supeditarse a otro superior: la realización plena del propio ser. Si no se supedita y colabora con este valor, la libertad queda desgajada y vacía. Por el contrario, la libertad que consiste en elegir lo valioso, lo que ofrece posibilida-

des de lograr el ideal que inspira la propia vocación es una libertad plena, colmada, auténtica.

Los diversos modos de libertad penden de las diferentes orientaciones que dan los hombres a su dinamismo personal, y tales orientaciones están decididas por los ideales que persiguen en la vida. Consiguientemente, *la forma radical de libertad es la que nos permite optar por el ideal que mueve nuestra vida y le da un sentido global*. En la vida estamos eligiendo de continuo. Estas elecciones podemos hacerlas sencillamente para obtener ventajas o gratificaciones inmediatas y pasajeras, o bien para realizar el ideal que orienta nuestra existencia. En el primer caso, cada opción está encerrada en sí misma, y su valor perece con el fin parcial obtenido. En el segundo caso, cada opción adquiere el sentido que le confiere el ideal. Con ello, obtiene un valor singular. Toda acción que decidimos realizar tiene para nosotros un *significado*. Sólo tiene además *sentido* en nuestra vida si nos ayuda a conseguir el ideal que nos hemos propuesto. *Ser capaces de dar sentido pleno a la propia vida en todo momento constituye la esencia de la libertad del hombre como persona*. La vía real para adquirir una libertad auténtica es optar por el ideal verdadero y empapar toda la vida de ese ideal. Un ideal es una meta a conseguir en el futuro, pero esta meta gravita ya en todo instante sobre el hombre que la persigue, y le impulsa a la acción y confiere pleno sentido a su vida si se ajusta a su vocación y misión propias.

Ser libre es ser responsable

Cuando elijo algo, no porque sea agradable, provechoso para mis intereses inmediatos, sino porque se adapta al ideal de mi vida, tomo distancia frente a lo concreto fugaz, no me fusiono con ello, me libero del apego a lo que está a mano. *Esa liberación es la raíz de la libertad*.

La libertad lleva en su base una actitud de *desprendimiento* o *desinterés*. El desinterés, entendido positivamente como *generosidad*, otorga libertad de visión, capacidad de ver al mismo tiempo una acción concreta y el ideal que la inspira y da sentido. El ideal perseguido imanta toda la vida, la orienta hacia la plenitud, inspira las acciones, hace que se quiera libremente realizar lo que constituye un deber para uno. El que se siente *ligado* a un ideal libremente acogido sabe ver la obligación como una vinculación fecunda que le conduce a su cabal desarrollo. *Amar un ideal verdadero confiere libertad interior*.

Esta forma de altísima libertad la rehuimos con frecuencia los hombres porque no tenemos el coraje de tomar en la mano responsablemente las riendas de nuestra vida. Los hombres —decía Fichte mordazmente— prefieren ser considerados como un trozo de lava de la luna antes que ser tenidos como sujetos responsables y libres. Yo soy «responsable» en principio si estoy a la escucha de cuanto tiene un valor y me pide que lo asuma y realice en mi vida. Algo es valioso para mí cuando me ofrece posibilidades de actuar con sentido. Si respondo positivamente a los valores que me invitan a realizarlos, actúo responsable-

mente y me hago responsable del resultado de mis acciones.

Sólo el hombre responsable es libre, está liberado de la reclusión egoísta e insolidaria en la soledad de su yo, y se halla abierto fecundamente a las realidades que hacen posible su creatividad y su desarrollo personal.

Este nexo entre desarrollo personal, creatividad, ideal y libertad nos permite comprender con toda nitidez las formas de libertad verdaderas y las falsas. *Verdaderas* quiere decir en este contexto que se ajustan al ser del hombre, a su vocación. *Falsas* indica que no se acomodan al verdadero desarrollo humano. Veamos en primer lugar las concepciones insuficientes de la libertad.

2. CONCEPCIONES INSUFICIENTES DE LA LIBERTAD

Si uno adopta como ideal en la vida, expresa o tácitamente, el acumular experiencias gratificantes, sean o no valiosas, reduce el horizonte de su actividad. No se preocupa de considerar si tales experiencias contribuyen a forjar la figura humana que está llamado a tener. Esta limitación del horizonte suscita en el hombre actitudes *hedonistas*, inspiradas por el mero deseo de concederse gratificaciones fáciles. La actitud hedonista tiende a interpretar como represión todo sacrificio, y olvida que sacrificarse significa jerarquizar los valores, darles el debido rango, y conceder la primacía a los de rango superior.

El egoísmo no libera porque anula la creatividad

El hombre que toma sus deseos como criterio de acción pierde la libertad interior, la libertad para ser creativo, porque la creatividad exige apertura a otras realidades y el hombre sometido a sus deseos permanece enclaustrado en su interioridad egoísta. Si mi actitud básica en la vida es dominar las realidades que me rodean, me cierro a la vida creativa, que supone intercambio de posibilidades y respeto mutuo. Al no haber creatividad, no se funda entre el hombre y su entorno un campo de juego, y no se superan las divisiones entre el dentro y el fuera, lo interior y lo exterior. El hombre egoísta piensa que debe escoger entre lo que procede de su interioridad y lo que le viene dado de fuera, y tiende a considerar más valioso lo primero que lo segundo. Lo que brota en mí puedo dominarlo, dirigirlo, controlarlo, al menos en apariencia. Al recluirme en mi interioridad, me parece que gano en poder, pero la verdad es que no recibo posibilidades de acción y amenguo al máximo la creatividad, la capacidad de asumir activamente lo valioso. *Esa incapacidad de encontrarse con lo valioso implica falta de libertad.*

Esa reclusión en la soledad del egoísmo inspira las diversas experiencias de *vértigo*. Me dirijo a las realidades que me atraen no para colaborar con ellas en la creación de algo valioso, sino para dominarlas y ponerlas a mi merced. Las reduzco a objetos de posesión y pertenencia, a medios para mis fines. El rey

que encontró el Principito en su viaje sideral deseaba poblar su reino sencillamente para contar sus súbditos. Reducía las personas a vasallos. Naturalmente, el Principito no pudo encontrarse con él. Ni tampoco con el vanidoso, ni con el bebedor y el geógrafo, que tenían una visión empobrecida de las realidades que constituían el mundo. Pudo, sin embargo, haberse hecho amigo del farolero, que se dedicaba a una tarea distinta de él y bella: encender y apagar el farol a cada puesta y salida de sol¹.

Toda forma de vértigo supone al mismo tiempo un encapsulamiento en sí con afán de ganarse y una salida de sí con afán de diluirse en el entorno y perderse. El que se embriaga suele hacerlo para olvidar su soledad se cierra en sí y se diluye en el entorno a la vez. En ambos movimientos carece de auténtica libertad. La libertad verdadera es colaboradora, creativa en forma dual, y ni el que se cierra, ni el que se pierde al entregarse entran en colaboración con nadie.

El vértigo anula el espacio de la libertad

En toda experiencia de vértigo el hombre se aleja para dominar y se fusiona para disfrutar. Don Juan considera a las mujeres como presas a dominar y poseer. Las reduce a objeto de posesión. No establece vínculos de amistad, que unen, sino de codicia, que alejan. Una vez que tiene la presa a su merced, la convierte en fuente pasajera de gratificaciones sensibles, sensaciones en las que se empasta, porque en ese momento no tiene otra meta que el disfrute inmediato y solitario. No le preocupa si esa persona recibirá daño en el futuro de lo que está aconteciendo en el presente. Atiende sólo a su interés particular. La persona seducida no es libre, pero tampoco el seductor. Maneja con astucia la libertad de maniobra, es hábil y astuto, pero está sometido servilmente a los dictados de sus apetencias instintivas. No es capaz de optar por un valor superior a la mera consecución de sus metas placenteras.

Don Juan no enamoró a ninguna joven; las sedujo. No se dirigió nunca a su inteligencia y su libertad; procuró arrastrarlas con sus artimañas manipuladoras. Utilizaba el lenguaje y su imagen como medios para halagar, seducir, deshonrar y burlar. La burla es una forma cruel de dominio. En la figura del seductor sexual se alía la apariencia de ternura al principio y la exacerbación de la dureza al final. Con razón se consideró a Don Juan como un «desalmado», no sólo porque no se cuidaba del porvenir de su alma —«tan largo me lo fiáis...»—, sino porque carecía de entrañas para con sus víctimas.

El que se entrega al vértigo no reconoce propiamente ningún ideal como guía de su vida y criterio de sus opciones. Vive atenido al instante gozoso, em-

1. Cf. *Le petit prince*, Gallimard Paris 1946, pp. 49-53; *El principito*, Alianza Editorial Madrid 1972, pp. 60-64.

pastado en él, hundido en un pozo sin más horizonte que la propia satisfacción momentánea. No mira ni al pasado ni al futuro, que son los dos polos de la creatividad y constituyen el *espacio de la libertad*.

El vertigo no libera, encandila

El hombre entregado al vértigo es un *iluso*, busca la plenitud y la felicidad en la pura exaltación que produce la saciedad instintiva. El iluso es un ser dominado por espejismos, no se mueve con seguridad, vaga sin norte. Ya dijo agudamente San Agustín que «un corazón desorientado es una fábrica de fantasmas»¹. *El hombre iluso carece de la libertad interior que se tiene cuando se conocen de modo preciso las leyes de la vida personal creativa.*

El que recorre la vía del vértigo se hace cada vez más incapaz de volver sobre sus pasos y cambiar la actitud que lo dispuso a emprender esa carrera desmadrada de falsas ilusiones. *Se vuelve menos libre a medida que avanza en su experiencia vertiginosa.* Si te dominas los deseos y no eres capaz de ver en conjunto los distintos valores que se te ofrecen y conceder la primacía a los superiores sobre los inferiores no eres libre interiormente.

Castel, protagonista de la obra de Ernesto Sábato *El túnel*, da por supuesto que amaba a María, pero no la amaba, que es una experiencia extática; deseaba dominarla, que es una experiencia de vértigo. No se portaba como un hombre libre. Lo calculaba todo, más no era capaz de frenar el vértigo de la ambición, y ser generoso con María, y respetarla en lo que era y en lo que estaba llamada a ser. Para dominarla, la sometía a interrogatorios, a fin de tenerla fichada, y sostenía relaciones eróticas con ella. Pero, como el vértigo no crea unidad, cuanto más se relacionaba así con la joven, un abismo tanto más hondo se interponía entre ellos. Este alejamiento le producía frustración y tristeza, y la tristeza se trocaba en angustia al hacerse reiterativa y envolvente, y la angustia abocaba a la desesperación. Como poseído por un demonio, según confesión propia, se entregó a otros vértigos —ya que los vértigos se encabalgan entre sí—: erotismo, velocidad, embriaguez..., y al final llegó a la estación término del vértigo: la destrucción, que constituye la forma más negativa de poseer. Castel mata a María al tiempo que le dice, sollozando: «Tengo que matarte porque me has dejado solo». Pero se equivocó una vez más. No fue María quien le dejó solo. Se entregó él a la soledad absoluta al despeñarse por la vía del vértigo. El vértigo no funda unidad; la cercena de raíz².

¿Sabe el lector por qué Macbeth —en la tragedia de Shakespeare— es cercado en su castillo y perece? ¿Qué significa el famoso bosque ambulante que

1. Cf. *In ps.* 80, 141.

2. Un amplio análisis de *El túnel* puede verse en mi obra *Análisis literario y formación humanística*, Escuela Española, Madrid 1986.

avanza inexorablemente hacia el castillo y lo rodea? Es imagen del poder aislante que tiene toda experiencia de vértigo. Macbeth se dejó seducir por la ambición de ser rey. La lógica del vértigo lo lanzó por el despeñadero de la violencia desatada. El vértigo engendra siempre violencia, y tras una fugaz llamarada de exaltación eufórica, provoca la decepción y la tristeza, la angustia, la desesperación y la destrucción.

Formas menores de vértigo y falta de libertad

Hay otras formas de vértigo menos trágicas en sus consecuencias pero también aniquiladoras de la libertad interior. Si dejo de hacer algo por respeto humano, prefiero mi bien particular al valor de aquello que omito. El respeto humano nos bloquea y nos quita capacidad de decisión y espontaneidad. Un domingo por la mañana me encontré en las Ramblas de Barcelona con una antigua alumna de la Universidad. Durante nuestra conversación, se acercaron a nosotros varios compañeros de curso. Uno a uno se fueron despidiendo y quedé sola conmigo la alumna del principio. Esta me dijo al oído: ¿Sabe Vd. a dónde van todos estos? A oír Misa, pero cada uno va por su lado para que los demás no lo sepan. Yo misma salí de mi casa para la misa de una, y, como ve, lo hice también por mi cuenta...» Este tipo de respeto humano supone una falta de libertad. No se posee libertad interior suficiente para dar testimonio abierto de una creencia, por miedo a ser minusvalorado tal vez por alguien que no comparte las actitudes de uno.

Tampoco muestra libertad interior el que se deja arrastrar por el *vértigo del cambio* en cuestiones espirituales y pierde la fidelidad a lo que, por valioso, es estable y no se rige por la ley voluble de la moda.

Libertad recibida y libertad conquistada

Las libertades para realizar diversas experiencias de vértigo se reciben como un don, sin esfuerzo ni mérito personal. Al asumirlas facilonamente, nos cerramos la posibilidad de adquirir la única forma de libertad auténtica, libertad que debemos conquistar esforzadamente: *la libertad para la creatividad*. La sociedad permisiva actual nos concede toda clase de *libertades de maniobra*, y con ello nos dificulta al extremo la libertad básica para optar por ser creativos en la vida y no egoístas.

Hay libertades que nos vienen dadas como un obsequio. Otras deben conquistarse contra un adversario exterior. Esta lucha enardece los espíritus y los aún. Recuérdese el espectáculo inolvidable de naciones enteras apiñadas para conseguir la liberación nacional.

La *libertad interior* debe conseguirse luchando contra la tendencia propia a despeñarse por las experiencias exaltantes de vértigo. Samuel Beckett participó

entusiásticamente en la resistencia contra el invasor nazi en la Francia ocupada de 1940. Conseguida la victoria, quedó desolado al advertir que tanto él como la sociedad en torno, estaban siendo invadidos por un enemigo mucho menos vulnerable: el espíritu de frivolidad que lleva la creatividad humana al grado cero. Sus obras *Esperando a Godot* y *Fin de partida* son testimonios amargos de esta situación de anegamiento espiritual en la que parece todo brote de libertad interior. De ahí la sensación de asfixia y desesperante aburrimiento que producen estas obras, como todas las de la llamada «literatura del absurdo»¹.

3. LA LIBERTAD VERDADERA

Podría hacerse aquí un estudio pormenorizado de las múltiples formas de esclavitud que provocan las experiencias de vértigo, a pesar de su apariencia exaltante y eufórica². Pero hemos de volver la vista hacia el tipo de proceso espiritual en el que surgen los modos de auténtica libertad: el proceso de éxtasis o creatividad.

Libertad, éxtasis y encuentro

No afirmo por capricho que la verdadera libertad se da en las experiencias de éxtasis, porque éstas consisten en la fundación de modos de encuentro. Para fundar encuentro debemos respetarnos mutuamente, y para guardar respeto necesitamos liberarnos del afán de dominio, que puede halagar de modo inmediato pero priva de un valor superior.

La entrega a experiencias de éxtasis requiere cierta dosis de generosidad. Y la generosidad permite tomar distancia respecto a los propios intereses. El beduino que ofrenda su reserva de agua a los pilotos exhaustos toma distancia frente a su instinto de conservación. Ve dos hombres en peligro de muerte, y les ofrece su don más preciado: el agua necesaria para la travesía del desierto. Ese tipo de generosidad tiene fuerza transformadora suficiente para lograr que los pilotos retornen a la vida de comunidad que habían abandonado.

Si queremos descubrir en qué consiste la verdadera libertad humana, la que otorga *soberanía de espíritu*, bien haremos en meditar algunos ejemplos aleccionadores. Edith Stein, la gran pensadora discípula de Husserl, se negó a votar cuando los miembros de la Gestapo irrumpieron en su convento carmelitano para forzar el voto de las religiosas. Al preguntar los temidos oficiales quién había dejado de votar, Edith Stein levantó la mano. Esta libertad de espíritu —

1. Sobre esta orientación literaria y las obras citadas de Beckett, véase mi *Análisis estético de obras literarias*, Narcea Madrid 1982.

2. Esta importante tarea fue realizada en mi obra *Vértigo y éxtasis*, Bases para una vida creativa, PPC Madrid 1987.

fruto de la fidelidad a sus creencias— la llevó a una cámara de gas en un campo de concentración. En otro campo, el de Auschwitz, un padre de familia estaba a punto de ser condenado a morir de hambre en un calabozo. El Padre Maximiliano Kolbe no dudó en adelantarse hacia la puerta del calabozo y decirle: «Quédate tú, que tienes mujer e hijos. Yo iré en tu lugar». Esta libertad heroica frente a los propios intereses no la trae uno consigo al nacer. Es fruto de una larga conquista. Es signo de que la vida ha escalado la alta cumbre de la perfección y ha logrado una suprema elevación de espíritu. Bien sabemos que en los momentos límite en que pelagra la propia vida, el instinto de conservación nos hace replegarnos sobre nosotros mismos y buscar en la reclusión egoísta una salida a la hostilidad del entorno. Para vencer esta tendencia y ofrendar la vida por el prójimo, se requiere una soberanía de espíritu fuera de lo común, una forma de libertad tan elevada en el aspecto cualitativo que parece desbordar nuestra capacidad humana de comprensión.

Una joven lituana de 18 años, Nicolé Sadunaite, fue condenada a seis años de trabajos forzados por haber colaborado en la edición de una revista católica. «Este es el momento más feliz de mi vida —dijo a los jueces— porque me ha sido concedido sufrir algo por los demás». Tras el largo cautiverio, retornó a su actividad anterior, y recibió de nuevo el mismo castigo. Sin duda, Nicolé Sadunaite es un espíritu modélicamente libre.

La libertad y la entrega al ideal de la unidad

¿Cómo son posibles estas formas de libertad en personas sensibles al sufrimiento, afanosas —por naturaleza— de procurarse bienestar y evitar el dolor? Sin duda alguna, porque lejos de vivir para acumular satisfacciones inmediatas, se entregaron a un ideal muy elevado —el de la consagración generosa al bien de los demás— y empaparon su vida de él. El ideal lo transforma y transfigura todo: el dolor, la vida, la muerte, la idea que abrigamos de lo que vale la pena y de lo que es secundario.

El *ideal* es una alta meta que deseamos conseguir en el futuro, y esta meta futura gravita sobre cada momento de la vida y lo impulsa. Si la orienta hacia la creación de formas elevadas de unidad, le otorga pleno sentido. Si la lanza hacia el puro servicio de uno mismo, la catapulta al sinsentido y absurdo. Si uno se sirve a sí mismo, altera y contradice su propia naturaleza, que es abierta, necesitada de diálogo y encuentro.

No es un azar que el niño recién nacido necesite imperiosamente que su madre establezca con él una trama afectiva. Su ser todavía inmaduro ha de troquelarse en relación con las realidades circundantes y este troquelamiento se realiza en el trato amoroso. Al estudiar lo que es el hombre y las condiciones de su desarrollo, vemos con claridad, de la mano de la ciencia actual, que el hombre para realizarse como persona debe abrirse al entorno y fundar modos valiosos de unidad. Cuanto más elevados sean estos modos, más perfecto será el desarro-

llo de la persona. Cuando realizamos actos de encuentro y advertimos que a su través nos vamos realizando, descubrimos que el ideal de la vida humana es fundar los modos más valiosos de unidad. Digo los más valiosos, porque hay modos muy distintos de unirse el hombre a las realidades que le rodean.

Optar decididamente por el ideal de la unidad más alta es la forma radical de libertad. Mediante esa opción nos desligamos de nuestros intereses inmediatos, sobrevolamos nuestra existencia, la ordenamos hacia un altísimo valor, jerarquizamos los diversos valores, ponemos todo en orden, nos instalamos en la verdad, concedemos a cada aspecto de nuestra vida su verdadera razón de ser y su dignidad.

Esta ordenación de todas nuestras actividades al ideal supremo vincula cada acción humana a algo distinto de ella, distinto y en principio distante y externo pero que acaba haciéndose íntimo. Nada hay más íntimo que aquello que se constituye en principio de nuestro obrar. La acción libre del hombre y los valores en virtud de los cuales actúa se enriquecen mutuamente; no se oponen. Al vincularse a los valores, la libertad humana se supera a sí misma, pero no se pierde, no se somete a servidumbre, no se aliena. Al contrario, alcanza su plena eficiencia. En ese sentido puede decirse que *yo soy libre cuando soy más que yo.*

Ser libre significa en el hombre vivir impulsado por los valores, sobre todo por el *valor que constituye la clave de bóveda de todo el entramado de la vida humana: el ideal de la unidad.* Enfrentar la libertad a los valores es un contrasentido. No hay libertad posible sin los valores y, menos aún, contra los valores. Libertad sin valores y contra los valores es justamente la *libertad de maniobra* que opta por la fascinación del vértigo. La libertad verdadera exige al hombre que *tome distancia de perspectiva* respecto a cada una de las acciones y los valores conforme a un cánón de estimación. Ese cánón es la capacidad creativa de modos elevados de unidad. La acción que no crea unidad sino que la disuelve se manifiesta como no valiosa.

La interpretación musical, ejemplo de participación y libertad

La libertad auténtica surge cuando el hombre asume una realidad de tal modo que forma con ella un mismo campo de juego. Este tipo de unidad sólo es posible cuando nos relacionamos no con objetos sino con *ámbitos*, con realidades que son fuente de posibilidades y encierran en la misma medida un valor.

Esa participación en los valores se da de modo nítido en la interpretación musical. Al interpretar una obra, la asumo como un impulso interior, la vuelvo a crear, la configuro en tanto que me dejó configurar por ella, la convierto en una voz interior. La obra es distinta de mí pero ya no distante ni externa ni ajena. Me es algo íntimo en cuanto constituye el impulso y la meta de mi obrar. Me entrego a ella, le soy fiel, armonizo mi espíritu con sus exigencias y las cumplo con toda exactitud; no hay nada en mí que sea mío, no atiendo a mis intere-

ses, todo mi ser se convierte en lugar viviente de vibración de tal obra, y, sin embargo, no me enajeno, no me pierdo en ella, me elevo más bien a lo mejor de mí mismo. Con toda lucidez *me siento realizado al tiempo que me doy a la obra*. ¿Quién podría decir que no me rijo por un cauce propio sino por uno ajeno, y que en consecuencia me alieno? La diferencia entre lo propio y lo ajeno desaparece cuando asumo creadoramente la obra. Todo pende de la creatividad. Si me entrego *pasivamente* a una realidad distinta y distante, me pierdo. Pero, si me entrego a una realidad distinta y en principio ajena *de modo creativo*, formo con ella un campo de juego común, y en este campo de juego la escisión entre el aquí y el allí, el dentro y el fuera, lo propio y lo ajeno queda felizmente superada. Esta superación dá lugar a un modo eminente de unidad, el propio de las experiencias reversibles, extáticas.

Al instaurar este modo altísimo de unidad vivo a perfección la experiencia estética. Si realizo algo semejante con los valores éticos y religiosos, hago la experiencia cabal de lo que es la vida ética y religiosa. De antiguo se viene temiendo que la *libertad individual* y la *solidaridad* se oponen, que la *afirmación de sí* y la *entrega a los demás* se enfrentan mutuamente, que la *realización de sí mismo* y la *consagración a los demás* siguen vías dispares. Para superar este nefasto malentendido veamos lo que acontece en la interpretación de música polifónica. Pensemos en un motete a cuatro voces de nuestro inmortal Tomás Luis de Victoria. Cada una de las voces canta su melodía con total autonomía e independencia, y al hacerlo se siente amparada, sostenida, acompañada, potenciada por las otras voces. Se mueve a impulsos de su energía interior, como si estuviera sola en el mundo, como si se bastase a sí misma, y, a medida que se despliega conforme a su lógica interna, va creando con las demás voces bloques sonoros de una belleza inigualable. Entra en el campo de juego común de la obra y sale de él una y otra vez como si fuera un hogar confiado que le acoge y sostiene. Este hogar colabora ella a fundarlo, y al mismo tiempo él le permite existir y le da sentido. Es una «experiencia reversible». Nadie domina a nadie. Unos configuran a otros, se dan sentido, fuerza, razón de ser, plenitud.

Al moverse uno confiadamnete por las avenidas de la obra musical, se siente libre, totalmente libre, canta a velas desplegadas con la seguridad que confiere al hombre la conciencia de estar fundando un modo de unidad que es un campo de realización, realización de uno mismo y de cuantos colaboran en la actividad que lleva a cabo. Esa capacidad de vivir en un campo de creatividad en el que se engendra un modo de unidad que eleva a cada uno de los participantes a lo mejor de sí mismo, a su espléndida floración, produce una desbordante alegría porque significa un grado altísimo de libertad. Yo hago lo que tengo que hacer y lo hago no por coacción sino porque me siento impulsado a ello gozosamente. *Esa vinculación del deber y el querer constituye el grado más alto de libertad.*

La forma suprema de libertad

Libertad, en su momento de plenitud, implica elevación del hombre a lo mejor de sí, y por tanto gracia; entraña ordenación jerárquica, y por tanto *belleza*; supone el desbordamiento de límites, y por tanto *sublimidad*. De ahí que el hombre libre sea agradecido y no resentido. Se abre a lo que lo supera con voluntad de colaboración, no de enfrentamiento. Eso que supera al hombre y lo perfecciona son los valores.

Cuando era niño, mi madre me decía: «toma ese pan y ese chocolate y se lo das al pobre que acaba de llamar a la puerta». A veces era un pobre con barba larga que me daba miedo. Yo me resistía, y mi madre replicaba: «No es un delincuente, sino un pobre. Vete y atiéndelo». ¿Qué pretendía mi madre con ello? Que yo asumiera el valor de la *piedad*, la *piedad* con los menesterosos. Este valor no lo había creado mi madre. Era distinto de ella y, en principio, le fue distante y extraño. Ella lo había asumido como propio, e inspiraba e impulsaba su vida. Su deseo era que yo lo tomara como una voz interior, de modo que en adelante atendiera a los necesitados de modo espontáneo. Mi madre sabía muy bien que, al hacerlo, yo no perdería mi identidad personal, no dejaría de actuar por criterios propios. Más bien al contrario; entonces sería verdaderamente libre.

¿Adivina el lector por qué la joven Nicole Sadunaite proclamó con alegría, al ser condenada, que ése era el momento más feliz de su vida? Obviamente, no lo hizo por ser una insensata que ignorara la dureza de los campos de castigo, sino por estar convencida de que dar la vida por los demás significa el modo de creatividad moral más elevado que existe. Es una experiencia extática de tal calidad que hace desbordar de entusiasmo a todo espíritu sensible a los valores.

San Ignacio de Antioquía era llevado a Roma para ser entregado a los leones en el coliseo. De camino se chanceaba diciendo que era trigo de Cristo destinado a ser molido por los dientes de las fieras. Y pedía a sus hermanos en la fe que se abstuvieran de hacer nada que pudiera impedir su martirio. ¿Tal vez rechazaba este hombre la vida o se hallaba hastiado de ella? De ningún modo. Sabía jerarquizar los valores, y el valor de esta vida transitoria se le aparecía minúsculo en comparación con la vida de encuentro definitivo con el Señor de la vida. De ahí esa capacidad de tomar distancia frente a su destino adverso, y consiguientemente, su buen humor. *Este humor y ese distanciamiento significan un modo elevado de libertad.*

Una forma sobrehumana de libertad

La libertad auténtica se consigue elevándose de nivel. Cuando uno toma tal distancia frente a los acontecimientos del momento que los ve desde el Ser Supremo, que se define como Amor, consigue el tipo de libertad increíble que consiste en perdonar a los mismos enemigos, e incluso rogar por ellos y amarlos.

En el cuadro de El Greco *El Expolio*, Jesús se halla cercado por un mundo de odio. Los enemigos se apiñan a su alrededor, formando un ámbito de asfixia. El centurión asiste impávido a la escena, y María y las dos santas mujeres contemplan asustadas la cruz que está siendo preparada para el sacrificio final. Jesús, sin embargo, no parece afectado por ese clima hostil. No responde con una actitud de odio. Mira hacia arriba, extáticamente, en actitud orante y ensimismada. Plásticamente, su figura se sale del cuadro mediante el efecto del rojo escarlata de su vestido. Podríamos muy bien pensar que está, desde su mundo propio, rogando por quienes no comprenden que el odio destruye la vida personal de quienes lo profesan. *Esta impresionante soberanía de espíritu constituye el modo más relevante de libertad.*

Un joven israelita, diácono cristiano, es arrastrado como un leproso fuera de los muros de la ciudad de Jerusalén. Lo llevan a empellones. Al final, el grupo que lo acosa se aleja un tanto de él y empieza a lapidarlo. ¿Puede alguien hacerse una idea del desamparo espiritual que supone morir cercado de odio? Los animales moribundos suelen buscar un refugio para sentirse menos desvalidos. Esteban se hallaba solo, en el descampado, frente a sus verdugos. Lo normal era que intentase huir, gritar, defenderse a la desesperada, morir matando. Sin embargo, se mantuvo sereno, con la mirada increíblemente concentrada en lo alto, como viendo una realidad superior. Desde este nivel elevadísimo pronunció una palabra de perdón para quienes segundos después le dejarían sin voz para siempre.

Hace falta una capacidad sobrehumana de despego de sí mismo, de distanciamiento respecto a la propia situación y al propio destino adverso para desbordar el presente y situarse en el punto de vista del *puro amor*; del amor que no espera nada, no reprocha nada, no exige nada, sino que fuerza a restaurar la unidad que los enemigos están rompiendo de la manera más cruel. *Esta identificación con el amor absoluto, incondicional, marca el momento cumbre de la libertad humana.*

Libertad auténtica no es sólo capacidad de elegir sino de participar en los valores, sobre todo en los más nobles. Los valores nos vienen propuestos, no los creamos nosotros. Nosotros podemos asumirlos, hacerlos nuestros, conceder a unos preferencia sobre otros. Si preferimos los más altos, somos libres, y esta forma de libertad es dual, abierta, humilde, colaboradora. Si nos abrimos al valor que ejerce en nuestra vida función de *ideal*, ganamos una inmensa libertad.

4. EL IDEAL VERDADERO OTORGA LA LIBERTAD SUPREMA

Cuando uno opta de verdad, con toda decisión, por el ideal de la unidad y lo persigue con absoluta generosidad, gana la libertad de espíritu necesaria para transformar toda su vida: su actitud básica ante las realidades que le rodean, su idea de lo que éstas son e implican, su conducta, sus sentimientos, su manera de pensar y de expresarse. Cambia todo por una razón decisiva: porque al persi-

guir el ideal de la unidad verdadera se mueve uno a cumplir las condiciones del encuentro. El hombre se define como un «ser de encuentro», ser que se constituye, desarrolla y perfecciona instaurando modos verdaderos de encuentro. Al realizar encuentros auténticos, pone en juego todas las condiciones que lo llevan a plenitud. «Toda vida verdadera es encuentro», escribe M. Buber. «El hecho fundamental de la existencia humana es el hombre con el hombre». «Podremos aproximarnos a la respuesta de la pregunta «¿Qué es el hombre?» si acertamos a comprenderlo como el ser en cuya dialógica, en cuyo «estar-dos-en-recíproca presencia» se realiza y se reconoce cada vez el encuentro del «uno» con el «otro»¹.

La filosofía más lúcida del siglo XX nos ha revelado esta *condición dialógica* del hombre y las exigencias que plantea. El encuentro no es una yuxtaposición de objetos, ni un choque. Este bolígrafo se yuxtapone a la mesa. Si salgo precipitadamente por el pasillo, doblo la esquina y tropiezo con alguien, eso es un encontronazo, no un encuentro. El encuentro es exactamente esto: un entreveramiento de dos realidades capaces de iniciativa y de ofrecerse mutuamente posibilidades de acción con sentido. Yo puedo encontrarme con personas, y también con realidades que no son ni objetos ni personas pero constituyen un centro de posibilidades: por ejemplo, un instrumento musical.

Exigencias del encuentro

De esta condición del encuentro se derivan las exigencias que plantea para darse. Si deseo encontrarme con una de las realidades antedichas, tengo que adoptar una *actitud básica* no de egoísmo sino de generosidad, no de dominio sino de respeto. Al cambiar mi actitud básica, se modifica toda mi *conducta*. En vez de tratarte con altanería, lo haré con sencillez; en vez de cerrarme en la soledad de mi egoísmo, me abriré a tu vida con generosidad de espíritu. Al verte de esta forma, no te reduzco a medio para mis fines, es decir, a objeto. Cambia con ello mi *manera de ver la realidad*. Una persona no me interesa sólo en cuanto pueda ofrecerme ciertas ventajas, sino en cuanto me permite encontrarme con ella. Una persona no es un objeto, por maravilloso que se lo suponga; es el fruto de un encuentro amoroso, y de otras personas en la vida cotidiana. Una persona es un «nudo de relaciones» (Saint-Exupéry), y, como tal, constituye una realidad *única* en el mundo. ¿Recuerdan la advertencia del zorro al principito: «El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante». «Ve a mirar de nuevo las rosas. Comprenderás que la tuya es única en el mundo»¹. Cada realidad personal no es un mero caso del universal hombre; es algo único; insustituible, incanjeable. Tiene nombre propio. Pero no sólo las perso-

1. Cf. «Ich und du», en *Schriften über das dialogische Prinzip*, Schneider Heidelberg 1954² p. 15.

1. Cf. *Le petit prince*. Gallimard Paris 1946 pp. 72, 70; *El principito*, Alianza Editorial Madrid 1972, pp. 87, 86.

nas, también muchas realidades infrapersonales son fruto de un encuentro, como veremos más adelante al describir lo que es el pan.

El encuentro con una realidad formada por una confluencia de relaciones presupone en principio un gran respeto mutuo. Yo debo respetarte en lo que eres y en lo que estás llamado a ser. Si te reduzco a objeto, puedo dominarte pero anulo de raíz toda posibilidad de encontrarme contigo. Ese respeto supone ajustarme fielmente a tus condiciones, a las leyes de tu vida personal. Por ejemplo, para encontrarme contigo debo ser veraz, porque, de no serlo, indico que, no quiero compartir contigo mi intimidad. Ello te lleva a no confiar en mí y a retraerte. La veracidad, entendida como la revelación exacta de lo que uno es, implica *apertura de espíritu, fidelidad, sencillez, sinceridad, franqueza...* Pero, además de la veracidad, el encuentro exige *voluntad de participar en algo común que presenta un valor*. «Amarse no es mirarse el uno al otro. Es mirar juntos en una misma dirección». Esta bella frase de Saint-Exupéry debiera completarse escribiendo: «Amarse es mirar juntos en una misma dirección *valiosa*». Para participar en tareas comunes se requiere afán de comprensión mutua, capacidad de estar a la escucha, de responder a las apelaciones del otro, de aceptar que te sorprenda con algo digno de ser tenido en cuenta.

La creatividad humana y las virtudes

Cuando el hombre adopta estas actitudes frente a las realidades del entorno, adquiere una facilidad especial para entrar en relación de encuentro y fundar modos elevados de unidad. Esa peculiar facilidad para realizar el ideal propuesto se denomina *virtud*. Las virtudes, vistas radicalmente, son las *condiciones ineludibles de la creatividad humana*. Si deseo crear contigo un diálogo, debo poner en forma mi capacidad de respetarte, escucharte, colaborar, tener en cuenta cuanto dices para corregir la marcha de mi pensamiento y mi expresión.

Tales capacidades se adquieren y perfeccionan no con la simple repetición, como a menudo se afirma, sino mediante la participación en los valores. Si reconozco tu valor como persona y me abro a tí para participar de la riqueza que encierras y que a tu vez me ofreces, me veo movido por una fuerza interior, sin la menor coacción, a ejercitar tales potencias o poderes: el poder de abrirme con sinceridad y respeto, el de escuchar y ser receptivo, el de responder a tus sugerencias, el de participar activamente en la tarea común propuesta. Esos poderes son las *virtudes*. Véamoslo en el ejemplo de la *paciencia*.

La paciencia y el ajuste a los ritmos naturales

La paciencia no es mero aguante. Significa el ajuste al ritmo de cada acontecimiento. Me rompo un brazo, y el médico me advierte que necesito cierto tiempo de reposo. Debo ajustarme al ritmo de regeneración de los tejidos orgánicos.

Los procesos de la vida espiritual siguen ritmos diversos. El varón y la mujer no proceden con el mismo ritmo en muchas de sus actividades. Si quiero fundar auténtica unidad contigo, he de ajustarme a tu ritmo, no forzarte a asumir el mío. Acompasar los ritmos es un arte difícil que está en la base de toda verdadera convivencia. No hacerlo lleva rápidamente al fracaso.

En la vida amorosa podemos distinguir dos ritmos distintos: el de la intimidad corpórea y el de la intimidad personal. El primero se puede acelerar a voluntad. En un minuto se puede conseguir la intimidad corporal. La intimidad personal, sin embargo, se gana a un ritmo mucho más lento, que no es posible precipitar. Figúrense que me presentan a una persona, y que yo me apresuro a decirle: «A partir de ahora Vd. y yo seremos amigos íntimos». Con toda razón me dirá: «Sí, sí, pero vamos despacio», porque la intimidad espiritual se realiza conforme a un ritmo reposado de maduración. Si, para obtener una gratificación sensible inmediata, fuerzo la intimidad corpórea sin haber logrado todavía la intimidad espiritual, desajusto los diversos planos de nuestra personalidad, altero el recto orden de las cosas, y pongo en grave riesgo el buen éxito de nuestra relación al desequilibrar la marcha de nuestra vida hacia su plenitud. La relación «íntima» que en su día podría muy bien haber servido de expresión de una unión personal lograda se reduce a un acto de posesión un tanto violento por estar desgajado de su contexto adecuado.

Esa posesión de lo que halaga fascina, produce euforia, pero anula toda posibilidad de encuentro. Lanza, en consecuencia, por la vía del vértigo. Constituye un antivalor. Acogerlo como si fuera un valor positivo implica una falta de libertad espiritual. *Ser libre de verdad consiste en ser capaz de buscar la realización propia allí donde se da de hecho y no donde resulta imposible.* Yo soy libre para iniciar un proceso de éxtasis o de vértigo, y no tolero que nadie me prive de tal libertad. Pero no lo soy para cambiar la dirección de esos procesos y evitar que el vértigo me entregue desarmado a la tristeza, angustia, desesperación y destrucción. El halago de la intimidad corpórea es un valor, y su sentido profundo consiste en detectar y fomentar la existencia de una relación personal valiosa entre dos seres. Si lo tomo aparte de esta relación y lo autonomizo, bloqueo el acceso normal del hombre a su plenitud como persona.

Te doy la mano para saludarte. En este gesto, la sensibilidad juega un papel destacado: siento la humedad o la sequedad de tu mano, su calor o su frío, el grado de presión que ejerce sobre la mía. Lo normal es que, al tiempo que percibo estos datos sensoriales, entre en relación contigo, con toda tu persona que me sale al encuentro al ofrecerme la mano derecha abierta y desnuda en señal de paz. Pero imagínate que, al saludarme, adviertes que no estoy entrando en relación contigo sino que me quedo con la atención fija en las condiciones sensibles de tu mano. Pensarás que algo falla en mi conducta, ya que lo normal, lo lógico y lo correcto incluso es no quedarse en lo sensible, sino montar sobre las impresiones sensoriales una relación personal. Pues bien. Establecer una relación corpórea «íntima» sin tener constancia de haber logrado la intimidad personal presenta una anormalidad semejante. Mientras no se ha intimado de tal

forma que a quien se quiere no es a las cualidades sino a la persona que las ostenta, no puede afirmarse que hay intimidad personal. Si digo que te amo y lo que en verdad estimo es el halago que me produce alguna cualidad tuya, miento, porque *el amor implica libertad interior frente al interés por las gratificaciones individuales*. El amor empieza prendiéndose en alguna cualidad de una persona que resulta atractiva. Es sólo un comienzo, casi un pretexto. Luego debe suceder todo un proceso de maduración. Cuando se ama a una persona en cuanto persona, gana una libertad interior frente al interés egoísta que suscitaban ciertas cualidades, de modo que, aunque éstas desaparezcan, no se anula el amor; al contrario, se depura y ahonda.

Una vez más observamos que la libertad verdadera es un poder de configuración e integración, no de represión. Implica sacrificio, como toda ordenación de impulsos, tendencias y preferencias. Pero el sacrificio no supone una amputación, sino una jerarquización, y ésta es indispensable para formar estructuras sólidas en la vida personal.

Nada hay más importante que conocer de modo preciso las leyes de la vida personal, las *constantes* de su actuación. Sin tal conocimiento, no podemos andar por la vida con un mínimo de seguridad y libertad.

Frutos del encuentro

El encuentro, por ser un ensamblamiento activo de posibilidades, da lugar a algo nuevo valioso, y enriquece a quienes se encuentran. Este enriquecimiento lo transfigura todo. Recuerden cómo el principito, en el relato de Saint-Exupéry, interpreta la muerte como un tránsito. Te parecerá que muero —le dice al piloto—, pero no es verdad; me voy a casa. El principito se encontró de verdad con el piloto, y ese encuentro le dió luz para comprender el error que había cometido al abandonar a su flor debido a un defecto, el de ser vanidosa. Ahora, su relación con la flor cambia, y él retorna a su compañía. Y cambia también y se transfigura el mismo desierto. Un lugar que bien pudo haber sido la tumba del principito y del piloto se les manifiesta ahora como el lugar más bello de la tierra. Y el universo inmenso y desértico se transforma en un espacio acogedor porque en una de sus estrellas vive un principito que sabe reír y que descubrió el secreto de la amistad para siempre¹.

El encuentro transforma las tinieblas en luz. Da sentido a quienes se encuentran y los abre a la comprensión plena de lo que es e implica cada realidad. A Unamuno le sorprendió que los discípulos de Emaús no reconocieran a Jesús sino al partir el pan en la mesa. Es lógico. Al partir el pan, repartirlo y compartirlo, el padre de familia adensa el encuentro amistoso, y en él se ilumina el verdadero ser de quienes se encuentran.

1. Cf. *Le petit prince*, pp. 88, 95; *El principito*, pp. 104-105, 113.

Al dirigirse el hombre al ideal del encuentro y cambiar las actitudes ante la vida y la idea de la realidad, sus *sentimientos* sufren una transmutación maravillosa: la exaltación se trueca en exultación, la tristeza en alegría, la angustia en entusiasmo, la desesperación en felicidad, el desvalimiento en amparo, la amargura en júbilo festivo. Si en todo lo que me rodea veo un posible compañero de juego, porque lo considero no como mero objeto de posesión sino como una posible fuente de posibilidades para tejer una vida de interrelación fecunda, toda mi vida se convierte en un *campo de encuentro* y, por tanto, en un *campo de fiesta y de luz*, aunque mi existencia sea dura.

Ese tejido de encuentros tiene su medio nato de expresión en el *lenguaje dicho con amor*. El que toma como ideal el encuentro descubre que el lenguaje auténtico va unido con el amor, y el lenguaje dicho sin amor se fagocita a sí mismo; es un antilenguaje. Este lenguaje amoroso va unido con el silencio que es recogimiento ante lo que sobrecoge, no cháchara que dispersa el ánimo en lo superficial. En este silencio recogido y sobrecogido, el hombre afanoso de encuentro se ve en relación fecunda con lo valioso, enriquece su vida en esa relación y gana un poder muy alto de discernimiento para distinguir lo esencial de lo accidental, lo valioso de lo fútil, lo perenne de lo precedero.

La aceptación de los valores y la libertad

Esta capacidad selectiva confiere una altísima libertad de movimiento espiritual, porque, al verse sobrecogido por los valores, el hombre se orienta hacia ellos por una especie de fuerza de gravitación, y se sacrifica por asumirlos y realizarlos en su vida, pero lo hace con la facilidad con que vuela el que tiene alas, como intuyó el genio platónico en el *Fedro*. Ese arrebató o rapto hacia los valores hace fácil y connatural el ascenso hacia lo perfecto, hacia aquello que nos perfecciona y debemos asumir como meta de la vida. De esta forma, el hombre quiere ardientemente aquello que debe hacer o conseguir. Cuando el deber y el querer se identifican, la libertad llega a su más alta cima. El hombre que ha conquistado esta forma de libertad supera la adustez del deber, cumple sus obligaciones con espontaneidad y alegría, actúa con gracia.

Si no realizas lo que sabes que debes hacer, no eres libre. Si sientes el deber como una obligación coactiva y lo realizas forzado, no actúas con libertad interior. Cuando adviertes que una acción es necesaria y la realizas con esfuerzo, eres libre en grado incipiente. Si descubres el más alto bien para ti y tu mayor deber, y lo persigues con toda el alma, impulsado por el entusiasmo que produce el tomar como un ideal lo perfecto a que estás llamado y obligado, integras el deber y el querer, y logras el grado más alto de libertad. Te sientes obligado pero forzado; vinculado interiormente pero no coaccionado, pues una voz interior te revela que lo que te obliga es distinto de ti, mas no distante; en el principio mismo de tu realización como persona. Por eso te abrazas a ello con el entusiasmo que procura el encuentro. *El encuentro con el deber visto como ideal —como norte*

que te orienta e impulsa hacia el cumplimiento de tu vocación y tu misión— constituye la conquista de la libertad.

La conquista de la libertad es la realización del encuentro verdadero. Intenten encontrarse de verdad en todos los aspectos de la vida: amoroso, estético, ético, profesional, religioso..., y verán que florece en su interior la libertad. Si vivimos con actitud de encuentro, no caemos en el error de autonomizar la sensibilidad y las pulsiones instintivas. Procuramos ser *íntegros*, es decir *integradores*, haciendo justicia a cada plano de la realidad, y jerarquizando el valor que descubramos en cada uno de ellos.

La libertad humana no es la facultad indeterminada de actuar arbitrariamente sino el poder concreto y decisivo de instaurar relaciones de encuentro con las realidades circundantes. Tal encuentro es la base de la cultura auténtica.

5. HACIA UNA NUEVA CIVILIZACION

La juventud actual se muestra sensible a la necesidad de instaurar una nueva civilización, la civilización del amor, frente a la caduca civilización de la lucha y la discordia. En diciembre de 1989 tuvimos un encuentro en México diversos profesores con 8.000 jóvenes que habían convocado un congreso con el lema: «Hacia una nueva civilización». No hay posibilidad de tal civilización sin una previa conversión interior de cada uno. Esa conversión significa un cambio de ideal. Cambio de la soledad al encuentro, de la servidumbre del egoísmo a la libertad de la generosidad.

Cuando se comenta la necesidad de cambiar de ideal, muchas personas suelen preguntar qué debe hacerse para lograrlo. La primera condición es distinguir con toda nitidez las formas de libertad y las formas de esclavitud, no confundirlas, como se hace hoy con harta frecuencia para tergiversar los conceptos y dominar a las gentes poco avisadas. Debemos ejercitarnos una y otra vez en realizar ejercicios de discernimiento que nos permitan distinguir netamente la servidumbre propia del vértigo y la libertad peculiar del éxtasis.

Formas de servidumbre espiritual

El que se envicia con un juego de azar y descuida sus deberes profesionales o el cuidado de su salud o la atención a su familia no es una persona libre. Es un adicto al juego; sufre una «ludopatía». Está empastado con una realidad que no exige esfuerzo creador alguno. El buen hombre que confesaba recientemente en una radio madrileña que no puede abandonar el juego de las máquinas tragaperras, aunque reconoce que se ha envilecido como profesional y como padre de familia, no se siente en modo alguno libre sino esclavo.

La joven que en un viaje reciente me indicaba que padece alcoholismo aún

no habiéndose embriagado nunca se sabe dependiente de una excitación que va minando poco a poco su salud.

Podría parecer que el conductor de moto que se sorbe la carretera a 200 kms. por hora se siente libre. Si lo hace por pura evasión, no logrará la libertad. Sencillamente se entrega al halago de una fascinación que lo exalta por lo que tiene de riesgo y de superioridad sobre otros vehículos. Pero esta exaltación no libera el ánimo, lo atenaza.

Una estudiante madrileña que colabora con varias amigas en la tarea de ayudar a jóvenes dominadas por la droga intentaba convencer a una compañera de que debía dejar de pincharse porque eso acabará arruinando su salud. La drogadicta la miró fijamente y le dijo: «No te canses. Yo sé muy bien que me estoy destruyendo. Ya lo estoy en buena medida. Lo que pasa es que no soy capaz de volver atrás». Sin duda esta joven siente exaltación cuando se lanza al viaje de la droga. Pero ¿quién podría decir que se considera libre?

El vértigo arrastra, y el que se ve arrastrado sabe mejor que nadie en qué estado de postración y pasividad se halla. Pocos autores lo vieron con más sagacidad que el gran Dostoyevski en la novela dedicada al juego de azar. Después de relatar que una anciana rusa había perdido a la ruleta cuanto le quedaba, Dostoyevski advierte: «No podía ser de otro modo: cuando una persona así se aventura una vez por ese camino es igual que si se deslizara en trineo desde lo alto de una montaña cubierta de nieve: va cada vez más deprisa»¹.

El vértigo acelera el ritmo de las experiencias, las torna intensas, conmovedoras, exaltantes, pero sólo una falta total de poder crítico puede llevarnos a afirmar que tal conmoción e intensidad supone creatividad y, por tanto, alegría y plenitud personal. Hay experiencias muy conmovedoras pero pobres, en cuanto no crean nada. Hay experiencias sencillas, serenas, aparentemente anodinas que son muy creativas porque fundan modos valiosos de unidad, y resultan por ello entusiasmantes. No hace mucho, un grupo de jóvenes renunció a parte de sus vacaciones en la playa para consagrarla a los habitantes de un sencillo pueblo castellano. Enseñaron a leer y escribir, dieron clases de cocina y de cuidado de niños, acompañaron a ancianos... Rebosaban alegría por todos los poros. «Esta sensación de plenitud —comentaba uno de ellos— no la tendría ahora si estuviera tendido en la playa, cuidándome sólo de mí mismo, de mi bienestar». Habían hecho un sacrificio al optar por un valor que consideraban relevante: la ayuda a los menesterosos. *Esa jerarquización esforzada de los valores se traduce en una gran libertad interior.*

Lo expresó con fuerza inigualable Goethe, en carta a Eckermann: «No nos hace libres el no querer aceptar nada superior a nosotros sino el acatar algo que está por encima de nosotros». Anteriormente Pascal había afirmado que «el hombre supera infinitamente al hombre». Lo que un hombre puede llegar a ser, la libertad que puede adquirir supera inmensamente el alcance de un hombre que se encierra en la oquedad de su egoísmo y prepotencia.

1. *El jugador*, Alianza Editorial, Madrid 1980, págs. 126-7.

Ser libre es volver al origen y dar voz al universo

G. Marcel dejó plasmada esta misma idea en su conocida sentencia: «Lo más profundo que hay en mí no procede de mí». Lo más profundo es la libertad considerada en su grado más elevado. *El hombre es plenamente libre cuando se pone en verdad, cuando se ajusta a lo que está llamado a ser, cuando no se queda a medio camino en su proceso de realización.* Y la realización del hombre se da cuando logra la unidad con los demás y con el Creador. Entonces se cierra el circuito eterno del amor, el que dió lugar a la creación. El hombre está llamado a volver al origen. Su origen es la llamada amorosa que le trajo al ser. El hombre debe retornar con toda la creación al Ser que lo creó por amor y le dió el don de la palabra, la capacidad de comprender de dónde viene y a dónde debe ir. *Ser libres es ser capaces de asumir el propio destino y convertirse en portavoces de todo el universo.* La alegría que produce este género supremo de libertad quedó plasmada de forma sobrecogedora en el último tiempo de la Novena Sinfonía de Beethoven.